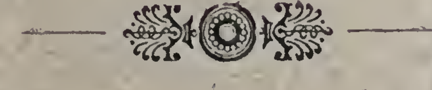
JOAQUÍN DICENTA

Marinera

MONÓLOGO

en un acto y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1907

MARINERA

MARINERA

MONÓLOGO

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

JOAQUÍN DICENTA

Estrenado en el TEATRO DE LA PRINCESA para beneficio de la actriz Aguglia Farrau, el 11 de Febrero de 1907

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUPL.°

Teléfono número 551

—

1907

PERSONAJE

ANA .... MIMÍ AGUGLIA FARRAU.

MARINERA

El teatro representa un trozo de costa bañado por el mar. A la derecha, una casa de pescadores; delante de la puerta habrá una silla de esparto y una red. A la izquierda y avanzando casi hasta primer término, para ocupar el centro del escenario, un montón de rocas practicables, detrás de las cuales supónese que rompen las olas. La escena estará iluminada por el sol. Al levantarse el telón, aparece Ana encima de las rocas mirando hacia el mar.

ESCENA ÚNICA

ANA

(Mirando desde las rocas.) Lejos fueron las barcas hoy. No las veo. Si la de Pedro apareciese en el horizonte como un puntito blanco, sólo como un puntito blanco, la conocería. Pues nada, ni el puntito blanco ven mis ojos. ¡Madre Santísima de la Mar, da á los marineros buena pesca!

(Breve pausa, durante la cual hace como que reza. Luego se persigna mientras habla, haciendo al terminar la señal de la cruz con los dos pulgares, que besa.) En el nombre del Padre... Del Hijo... Del Espíritu Santo. (Hace y besa la cruz.)

(Ana desciende de las rocas. Brevísima pausa.)
Esta tarde... esta noche... y mañana mujer de Pedro, con la bendición del padre Mariano. ¡Mujer de Pedro!... ¡Su mujer!... Es decir, su mujer del todo; porque mujer suya he ido siéndolo poquito á poco, á pedacillos, De chicos empezó la cosa.

Yo le prefería en mis juegos á todos los muchachos; á todas las muchachas él: ¡Ana! —decía Pedro desde la esquina de mi calle— ¡Ana! Y allá iba yo, dando brincos y palmoteando, al encuentro de aquel granujón rubio. Si venía gruesa la mar, nos sentábamos en la playa y hacíamos casitas de arena. Casitas de un piso, con una puerta y dos ventanas... Como esa, poco más ó menos. (La de la derecha.) Sólo que eran pequeñas, muy pequeñas, de este alto. (Marcando con la mano media vara por encima del suelo.)

Me acuerdo que una vez, Pedro se empeñó en que había de estar junto á la cocina, la alcoba. Yo dije que no. El afirmó que sí. ¡Pues estará! —decía Pedro.—Pues no estará—contestaba yo.—¡Estará!—¡No estará!— ¡Lo veremos!—¡Y tanto como lo veremos!— ¡Sí!...—¡No! —¡Sí!—¡No!...—¡Paff!—Como era hombre y los hombres, desde chiquitillos, son muy mandones y muy brutos, dió un puñetazo en las paredes y, ¡adiós casa nuestra!...

Me puse furiosa y fuí hacia él, con las manos en garfio. El me atizó un cachete, yo caí, todo lo larga que era, sobre los escombros del edificio. ¡Había que verme! ¡Llenita de fango desde la punta de los pies al remate del moño!... El se contoneaba, orgu-

lloso, por haberme pegado. ¡A una mujer pegarás tú!—grité.—Pedro se echó á reir. Hizo mal. Las mujeres, hasta cuando niñas, lo somos. ¡Ah! ¿ríes?—pensé yo—¡Ahora verás tú! Aprovechando que estaba de espaldas, cogí una piedra, volteé el brazo, y le partí la cabeza á Pedro. Aún tiene la señal. ¡Quería matarme!... ¡Quiá!... ¡Matarme! Concluyó por lavarse el golpe con espuma de olas y pedirme perdón, ¡así! (Marcando el movimiento con las manos en cruz.)

Y reconstruímos la casa. Y la alcoba estuvo donde yo quería, donde está la alcoba de la casita que vamos á vivir.

¡Claro que estuvo!... ¡Hubiera faltado otra cosa! Tonta es quien se deja mandar por los hombres. ¡Lo que es yo...! ni de niña. De mujer, excuso decirles á ustedes.

(Breve pausa.)

Los días de mar bella, por los peñotes á coger mariscos, á comerlos al sol; á hacerme Pedro, con las conchas, collares, pendientes, pulseras; á ponérmelos en la garganta, en las orejas, en los brazos, con sus manazas temblorosas, que ya me hacían cosquillas en la piel.

Un domingo—él tenía quince años, yo doce—salimos de misa y llegamos hasta esas peñas: (Las del fondo.) yo, con mi toca blanca y mi faldilla de percal y mis zapatitos de piel; él, con un traje nuevo y su gorra azul. Me remangué la falda; él los pantalones; se quitó él las botas y los calcetines; yo, los zapatos y las medias, y echamos á marisquear por las rocas.

La marea había traído conchas; ¡muchas

conchas! En lo que me persigno, tuve tres collares en la garganta, un par de pendientes en las orejas y cinco ó seis pulseras en cada brazo. Hasta en los tobillos me puso Pedro ceñidores.

Fué el caso... (Riendo.) El caso fué... (Riendo más fuerte.) ¡Muero de risa recordándolo!... Pedro me miraba como *embobao*, abriendo de par en par los ojos. De pronto se puso muy serio y, á cuenta de venir á mí, se apartó. Yo me puse también muy seria; y, ¡qué tontería! al mirar suyo, que siempre me dió risa, me volví roja como una rama de corales.

Pedro se fué acercando, acercando... Cada paso le costaba dos horas. Me sujetó los brazos y exclamó bajito, muy bajito, como si estuviera confesándose: «Con esa toca y esos brazaletes, y esos collares y esa cara morena, pareces la Madre de la Mar. Me da miedo llegarme á tí.» ¡Pero se llegaba! ¡Vaya si se llegaba! ¡Con los ojos echando fuego y los labios fruncidos!... De pronto me cogió la cabeza con las dos manos y me dió en la boca, ¡en la boca! un beso que me dolió tal que una quemadura.

Le empujé con fuerza y salí corriendo por las rocas. Pedro corrió detrás. ¿Saltaba yo? Saltaba Pedro; y, ¡hala! salta que te salta llegamos á la última peña. Resbalé sobre ella y caí de cabeza al agua: Pedro se tiró tras de mí y me sostuvo con un brazo; seguimos hacia la playa entre si llorábamos ó reíamos. Al cabo, tocamos en tierra y dimos á correr cada uno por su lado, hechos unas sopas.

A mí, me pegó mi madre una paliza. A él, otra su padre. Así es como Pedro y yo fuimos novios. (Breve pausa.)

Ya novios, ¡qué de cuestiones! ¡qué de sustos! ¡qué de artimañas para vernos á solas! Mi madre nos vigilaba mucho. Jurara ella que nada más que conversación ha habido entre nosotros. ¡Será tonta mi madre!... Ni que no hubiese sido novia de mi padre antes de casarse con él.

¡Un beso se da y se recibe tan pronto!... Luego... Por algo los corredores de las casas no están en línea recta y hacen tantos recodos.

¡Si hablaran los corredores de casa de mi madre!... Mejor están mudos. Claro que voy á casarme con Pedro. Pero, aun así y todo, me daría vergüenza oirlos.

(Como si volviera á lo presente) ¡Casada!... ¡Mañana, casada con él!... Ya no tendremos que besarnos á escondidas y abrazarnos á obscuras. Esto de besarse y abrazarse contando los segundos, no tiene maldita la gracia.

Nos adoraremos en nuestra casita. ¡Qué mona es!... (Mirando la casa.)

Pobre será; pero de aseada no hay otra. ¿Y la alcoba?... La alcoba es un primor. La cama, de hierro; tiene cuatro colchones. Necesitaremos tomar carrera para subir á lo alto. ¡Necesitaremos!... (Avergonzada.) ¡Qué vergüenza!... Yo soy la primera que se mete en la alcoba mañana. En cuanto me acueste, apago la luz. ¡Vaya si la apago!... No quiero ver desnudarse á Pedro.

¡El bruto de Pedro!... ¿No se empeñaba anoche en que viniésemos aquí juntos para des-

pedirnos dentro de la casita, antes de irse á la pesca? ¡Hum! Sin la bendición del padre Mariano, no estaría bien. Se fué muy enfadado. ¡Tonto, más que tonto!... Ten un poquitín de paciencia. ¡Mañana!... ¡Qué feliz voy á ser mañana!... (Alegremente. Pensativa.) ¿Pues no me da miedo pensar en la felicidad mía de mañana?... ¡Seré estúpida! (Con coquetería.) ¡Ea, que sí! Un poquitín de miedo y otro poquitín de vergüenza. (Como ensoñando.) ¡Mañana!... (Se sienta en una de las peñas y queda con la cabeza oculta entre las manos.)

(Mientras Ana permanece con la cabeza oculta entre las manos, la luz disminuye paulatinamente, hasta envolver la escena en una semiobscuridad, á la que sigue súbito el ruido del mar encrespándose. Al oirlo, Ana levanta la cabeza.)

¡Qué! (Sorprendida. Mirando al cielo.) El cielo se ha puesto plomizo. (Asomándose por entre las rocas.) La mar está cárdena. ¡El oleaje sube!... (Aterrada.) Dios mío, ¡galerna! (Luego de una pausa empleada en mirar al cielo y al mar.) ¡Galerna! Y mi Pedro allá. ¡Allá, lejos, muy lejos, donde mis ojos no le ven! (Señalando al mar.) ¡Madre Santísima de la Mar, apiádate de él! ¡Apiádate de los pescadores! ¡No mates á mi Pedro! ¡Mira que le aguardo! ¡Mira que si rompes su lancha rompes con ella la felicidad de dos criaturas que no te han hecho ningún daño!

¿Y las barcas? (Sube á una roca, la que esté más de frente al público.) ¡Vienen! (Con esperanza.) Vienen á vela desplegada, huyendo la galerna. El viento las empuja. ¡Vienen á escape, tragándose la mar!... ¿Y si la mar se las traga á ellas? (Vuelve á mirar.) ¡Las olas crecen! ¡Em-

bisten contra las embarcaciones! ¡las levantan! ¡las hunden!... ¡Allí está mi Pedro!... La primera barca es la suya. El está en la popa, en su puesto, peleando con la galerna, firme y bravo junto al timón. ¡Qué valiente es mi hombre!

(Gritando.) ¡Pedro! ¡Pedro!... ¡No te dejes vencer por la mar!... ¡Es tu Ana, la Ana tuya, la Ana de tu corazón quien te espera!... La barca corre, corre siempre. ¡Pedro! (Con alegría.) ¡Ya me ha visto! ¡Me hace señales con la gorra! (Con energía.) ¡Anda, lancha nuestra, no te acobardes; ¡tente firme!... Lucha hasta el fin con la galerna. ¡Mi hombre te ayudará! En pie, junto al timón, desafía á la mar. ¡Aguanta, Pedro! ¡Aguanta!...

¡¡Guárdate, Pedro, guárdate!! El viento va á haceros traición. Salta del lado de las rocas: ¡dar en las rocas es morir!... Pedro, ¡fuerza la caña!... ¡A la banda! ¡Todo á la banda! (Con espanto.) ¡Ay, madre bendita!... ¡La caña se ha roto; el timón no gobierna; la barca viene contra las rocas! ¡Pedro, esa ola!... ¡Esa ola... ¡Oh! ¡Volcada!... ¡Los hombres aparecen entre la espuma! ¡Pedro!... ¡Bracea duro! Madre de la Mar, ¡protégele! ¡Ampárale!...

¡Y yo sin poder ayudarle! ¡Inútil para todo, encima de estas peñas! ¿Por qué no se alargan los brazos míos hasta donde él está y le cogen y le traen salvo y le estrechan contra mi pecho? Brazos malditos, ¡qué cortos y qué cobardes sois! (Retorciéndose los brazos con angustia.)

¿Eh!!... No le veo... Reaparece... ¡Pedro!... ¡A las rocas! .. (Gritando.) ¡La salvación está en las rocas!. . ¡¡Pedro!! (Horrorizada.) ¡El golpe

de mar!... ¡Guardate del golpe de mar!... ¡Las rocas! ¡Pedro!... ¡Pedro!... ¡Ay!... (Lanza un grito de espanto, estridente, baja corriendo por las rocas y cae desplomada en el centro de la escena.—Telón lento.)

FIN DEL MONÓLOGO

OBRAS DE JOAQUIN DICENTA

El suicidio de Werther, drama en cuatro actos y en verso.

La mejor ley, drama en tres actos y en verso.

Los irresponsables, drama en tres actos y en verso.

Honra y vida, leyenda dramática en un acto y en verso,

Luciano, drama en tres actos y en prosa.

El Duque de Gandía, drama lírico en tres actos y un epílogo.

Juan José, drama en tres actos y en prosa.

El señor Feudal, drama en tres actos y en prosa.

Curro Vargas, drama lírico en tres actos y en verso (1).

La cortijera, drama lírico en tres actos y en verso (1).

El tío Gervasio, monólogo en un acto y en prosa.

Raimundo Lulio, ópera en tres actos y un epílogo.

Aurora, drama en tres actos y en prosa.

De tren á tren, comedia en un acto y en prosa.

El Místico, drama en cuatro actos y en prosa, traducido del catalán.

¡Pa mí que nieva! modismo en dos cuadros y en prosa.

Juan Francisco, drama lírico en tres actos y en verso.

La conversion de Mañara, comedia en tres actos y seis cuadros y en verso.

El vals de las sombras, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa.

Amor de artistas, comedia en cuatro actos y en prosa.

Daniel, drama en cuatro actos y en prosa.

Marinera, monólogo en un acto y en prosa

Spoliarium, novelas cortas.

Tinta negra, artículos y cuentos.

---

(1) En colaboración con Manuel Paso.

Precio: UNA peseta